



Un grupo de personas continuaba ayer la protesta frente a la Embajada de EE UU en El Cairo, tras el asalto del martes. / ED GILES (GETTY)

## El salafismo proyecta su sombra sobre la 'primavera árabe'

La corriente radical del islam trata de forzar la agenda de los nuevos Gobiernos

RICARD GONZÁLEZ  
El Cairo

La *primavera árabe* ha provocado una considerable efervescencia política entre el salafismo, una corriente ultraconservadora y radical del islam que se había caracterizado por su apatía política. El crecimiento del salafismo, presente sobre todo en los suburbios de las grandes ciudades y en los sectores más humildes, ya se deja sentir en las instituciones. Y no solo, sino también en la calle, a menudo de forma estruendosa.

Si bien aún no está clara la autoría del asesinato de cuatro personas en el consulado de EE UU

de Bengasi (Libia), que bien podría recaer en algún grupo yihadista, tanto aquella manifestación como la que tuvo lugar frente a la Embajada de El Cairo fueron organizadas por grupos de tendencia salafista. Sin embargo, sus líderes políticos se desmarcaron ayer de cualquier acción violenta.

Nader Bakkar, el portavoz de la coalición Nur, el segundo mayor partido egipcio, atribuyó a los "ultras", la politizada hinchada del club de fútbol Ahly, el asalto a la Embajada de EE UU para arrancar del mástil su bandera. "Nosotros rechazamos siempre el uso de la violencia con fines políticos, con una sola excepción, la re-

sistencia a la ocupación extranjera, como en Palestina", declaró Bakkar en una entrevista reciente con EL PAÍS.

No obstante, a menudo los adeptos de esta corriente no siguen este tipo de consignas. Desde la caída de Ben Alí, turbas salafistas han protagonizado numerosos incidentes violentos en Túnez, como ataques contra canales de televisión o acontecimientos culturales considerados impíos. En Libia, han destruido varios santuarios sufíes, un movimiento espiritual islámico.

En Egipto, el único país de la *primavera árabe* donde el salafismo cuenta con una sólida repre-

sentación institucional, sus concentraciones reivindicativas suelen ser pacíficas. Ahora bien, algunos simpatizantes salafistas han perpetrado actos graves de intolerancia religiosa, y no solo dirigidos hacia la minoría cristiana copta. En el más conocido, tres jóvenes de Suez que se atribuían el papel de *policías de la moral* asesinaron a un estudiante que paseaba cogido de la mano de su novia.

Una de las principales características de la corriente salafista es su naturaleza atomizada. Existe una auténtica constelación de predicadores cada uno con su grupo de seguidores. El único común denominador entre ellos es una in-

terpretación literal y ultraconservadora del Corán, así como su voluntad de imitar la forma de vida del profeta Mahoma incluso en sus detalles más banales, como su indumentaria o sus gestos.

La coalición egipcia Nur ha sido capaz de dotar a este magma de un paraguas institucional, provocando la fragmentación del espacio político islamista, anteriormente acaparado por los Hermanos Musulmanes. Esta misma tendencia se está produciendo en Túnez, donde se han registrado varios partidos salafistas que aspiran a convertirse en alternativa al partido islamista En Nahda.

Situada en el extremo más conservador del espectro político egipcio, Nur trata de llevar a los Hermanos Musulmanes hacia planteamientos más radicales, frenando su tránsito hacia posiciones más moderadas, tal y como sugiere la delicada situación económica.

Egipto se ha visto obligado a convocar una manifestación contra la película

Las relaciones entre la Hermandad y los salafistas están marcadas a la vez por la cooperación y la rivalidad, como pone de manifiesto el proceso de redacción de la Constitución. Las dos corrientes religiosas se pusieron de acuerdo para elegir la Asamblea Constituyente, marginando a los sectores laicos. Ahora bien, sus discrepancias sobre algunos de los artículos más prominentes de la Carta Magna son notorios.

La actual controversia por la película sobre Mahoma representa todo un ejemplo de la capacidad salafista para marcar la agenda política, trastocando los planes de la Hermandad. La polémica ha estallado horas después de que visitara Egipto una amplia delegación de empresarios de EE UU, a los que el presidente Mohamed Morsi quería arrancar ingentes inversiones. Pero el clima de entendimiento con Washington se ha ido al garete, y la Hermandad se ha visto forzada a convocar una manifestación de condena de la cinta para mañana.



BLOG 'Crónica Negra' Por Javier Valenzuela

Cualquier noticia o rumor sobre insultos al islam puede llevar a las calles del mundo árabe y musulmán a miles de enfurecidos y violentos militantes salafistas

## Altamente inflamable

El salafismo es un material altamente inflamable. Cualquier noticia o rumor sobre reales o supuestos agravios al Corán y a Mahoma puede llevar a las calles del mundo árabe y musulmán a miles de enfurecidos militantes de esa interpretación rigorista y totalitaria del islam suní. Como los que han asaltado sedes diplomáticas de Estados Unidos en El Cairo y Bengasi, provocando, entre otros daños, la muerte violenta del embajador Christopher Stevens.

Imposible razonar con los salafistas, su universo es el de una fe

ardiente, cejjunta y pendenciera. Crean a pie juntillas en las simplificaciones fundamentalistas del islam que les largan sus predicadores, y creen que los occidentales están embarcados en una cruzada judeocristiana para mancillar su religión, ocupar sus países y explotar sus riquezas. Están, además, muy bien conectados por Internet, y son muy rápidos para detectar lo que les interesa de la aldea global. De la existencia de ese bodrio cinematográfico estadounidense sobre Mahoma que tanto les indigna, ellos fueron los primeros en enterarse.

Los asaltos de El Cairo y Bengasi se produjeron en el 11º aniversario del 11-S y algunos informadores han observado asimismo que los lemas y las banderas exhibidos por las turbas salafistas eran semejantes a los de Al Qaeda. Esto, sin embargo, no quiere necesariamente decir que la red de redes terrorista fundada por Bin Laden —o alguno de sus asociados— esté orgánicamente detrás de estos sucesos. En principio, esto tan solo constata la existencia de un estrecho parentesco ideológico y de un imaginario y una simbología comunes. El sala-

fismo es, sin duda, un caldo de cultivo y una fuente de reclutas para el yihadismo, pero, lamentablemente, es un fenómeno más amplio.

En los comicios tunecinos y, sobre todo, egipcios surgidos de la *primavera árabe*, los salafistas han demostrado una fuerza electoral considerable. Piensan que los ganadores de esas primeras citas democráticas con las urnas —los islamistas moderados de En Nahda y los Hermanos Musulmanes— son unos flojos y unos vendidos. Así que, sin mayor demora, se han lanzado a campañas callejeras de acoso de todo aquello que les suene a incompatible con su estrecha visión del islam: las mujeres sin *hiyab*, las minorías cristianas, los artistas rompedores, las películas y los programas de televisión que no son *halal*, los laicos y los progresistas... Los actuales Gobiernos islamistas mo-

derados de Túnez y Egipto les dejan hacer por ahora. ¿Por recién llegados, porque no controlan aún las riendas de sus Estados, o por inconfesables coincidencias en un objetivo estratégico de "reislamización"?

La prueba del algodón de la veracidad de las convicciones democráticas de En Nahda y los Hermanos Musulmanes es, sin duda, si hacen o no lo que deberían hacer en Túnez y Egipto: reprimir con dureza a los matones salafistas.

Es muy mala noticia que Libia, donde tanto los islamistas moderados como los extremistas salafistas fueron derrotados en las primeras elecciones libres por una coalición laica y democrática, haya sido el escenario del asesinato del embajador norteamericano. Tampoco a su Gobierno le queda otra alternativa que imponer orden a la fuerza. Mal asunto.